

MEDIR EL DESARROLLO SOSTENIBLE EN ECONOMÍAS AVANZADAS: ENTRE LA EVIDENCIA Y LA COMPLEJIDAD

Posted on 27/04/2026 by Santiago Uranga

Las sociedades contemporáneas atraviesan transformaciones profundas —económicas, sociales y ecológicas— que están redefiniendo el sentido mismo del desarrollo. La Agenda 2030 y los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) se han consolidado como un marco de referencia global para orientar la acción pública. Su aplicación en territorios avanzados plantea un reto fundamental: **cómo medir de forma adecuada realidades cada vez más complejas.**

La medición del desarrollo sostenible no es un ejercicio técnico neutro. Implica decidir qué se observa, cómo se observa y con qué herramientas se interpreta esa información. Los sistemas de indicadores no solo describen la realidad, sino que la estructuran: determinan qué dimensiones se consideran relevantes y cuáles quedan fuera del foco analítico. Más que ofrecer una fotografía objetiva, los indicadores construyen una determinada forma de entender el progreso.

De la medición a la interpretación: el papel de los sistemas de indicadores.

Los sistemas de seguimiento de los ODS se conciben habitualmente como instrumentos de evaluación del desempeño. No obstante, su función va más allá de la simple medición. Estos sistemas operan en un doble plano: por un lado, organizan la evidencia empírica disponible; por otro, permiten articular una lectura estratégica de los procesos de cambio.

Esta doble naturaleza introduce una primera complejidad. No todos los indicadores tienen la misma capacidad explicativa. Algunos se apoyan en series estadísticas largas, estables y comparables, que permiten identificar tendencias con claridad. Otros, en cambio, se construyen a partir de datos fragmentarios, proxies indirectos o metodologías en evolución, lo que limita su robustez analítica. La coexistencia de estas evidencias obliga a abandonar cualquier lectura homogénea del sistema y a incorporar un principio básico de prudencia: **no todo lo que se mide permite concluir.**

A ello se suma la heterogeneidad de las fuentes estadísticas. En un mismo sistema conviven datos procedentes de registros administrativos, encuestas, estimaciones o aproximaciones indirectas, con distintas periodicidades y coberturas temporales. Esta diversidad afecta directamente a la interpretación de los resultados, ya que la capacidad de identificar tendencias depende tanto de la cantidad de datos disponibles como de su consistencia en el tiempo.

La comparabilidad constituye otro de los grandes desafíos. Aunque los ODS se plantean como un marco universal, su traducción estadística a escala territorial no siempre es equivalente. Diferencias en definiciones, metodologías o unidades de medida pueden generar comparaciones aparentes que, en realidad, carecen de base homogénea. En consecuencia, el análisis comparado debe entenderse como un ejercicio contextual, no como un ranking automático de desempeño.

Los límites de la medición: cuando los datos no capturan la realidad

Uno de los elementos más relevantes en el análisis de los sistemas de indicadores es la identificación de sus límites. La existencia de datos no siempre garantiza una evaluación sólida. De hecho, en muchos casos, los sistemas de seguimiento incorporan categorías explícitas que evidencian estas limitaciones: datos no disponibles, indicadores no evaluables o métricas no

aplicables a determinadas escalas territoriales.

Estas categorías no representan fallos del sistema, sino señales de sus fronteras analíticas. Indican que existen fenómenos relevantes que no están siendo capturados adecuadamente o que las herramientas disponibles no permiten una interpretación robusta. En este sentido, la ausencia de información no debe confundirse con la ausencia de problema.

La utilización de proxies añade una capa adicional de complejidad. Muchos indicadores no miden directamente el fenómeno que pretenden observar, sino que lo aproximan mediante variables sustitutivas. Aunque estas aproximaciones pueden ser útiles, también introducen riesgos de simplificación o distorsión, especialmente en contextos donde los procesos sociales son altamente complejos y multidimensionales.

El cambio de paradigma: de los problemas de acceso a las vulnerabilidades complejas

Más allá de los retos metodológicos, el propio objeto de medición está cambiando. En las economías avanzadas, los problemas clásicos del desarrollo —vinculados al acceso a servicios básicos— han dado paso a desafíos de naturaleza más compleja. El desarrollo sostenible ya no se define únicamente por la cobertura, sino por la calidad, la distribución y la sostenibilidad de los resultados.

Este cambio de paradigma se refleja en la aparición de lo que podría denominarse una fase de “madurez del desarrollo”. Muchos indicadores tradicionales alcanzan niveles cercanos a la saturación. Coberturas prácticamente universales en ámbitos como la educación, la salud o los servicios básicos generan un efecto techo que limita la capacidad de estos indicadores para registrar nuevas mejoras. La estabilidad estadística deja de ser un signo de estancamiento y pasa a reflejar, en muchos casos, la consolidación de logros estructurales.

Sin embargo, esta saturación convive con la emergencia de nuevas vulnerabilidades. Las desigualdades ya no se manifiestan principalmente en el acceso, sino en la distribución de oportunidades, en la calidad de los servicios o en las trayectorias vitales de distintos grupos sociales. Se trata de desigualdades más sutiles, persistentes y difíciles de medir, que no siempre quedan reflejadas en los indicadores tradicionales.

Al mismo tiempo, se observa una creciente disonancia entre las condiciones objetivas y las percepciones sociales. Indicadores que muestran niveles elevados de bienestar pueden coexistir con sensaciones de inseguridad, desconfianza o deterioro de la cohesión social. Esta brecha pone de manifiesto que el bienestar no es únicamente una cuestión de magnitudes cuantificables, sino también de experiencias subjetivas y dinámicas relacionales.

Transiciones ecológicas y tensiones estructurales

La dimensión ambiental introduce, además, un conjunto de tensiones estructurales que desafían los marcos tradicionales de medición. La transición hacia modelos productivos más sostenibles implica equilibrar objetivos que, en ocasiones, entran en conflicto: crecimiento económico,

reducción de emisiones, mantenimiento del empleo o transformación industrial.

Los indicadores agregados pueden ofrecer en este escenario señales aparentemente positivas —como la reducción de ciertas presiones ambientales— sin reflejar las dinámicas internas de los sectores más intensivos o las desigualdades en los impactos de la transición. El desarrollo sostenible se convierte así en un proceso de equilibrio entre objetivos múltiples, donde los avances en una dimensión pueden generar costes o tensiones en otra.



Figura 1: Aspectos visibles y dimensiones ocultas

Hacia una nueva agenda de medición

La convergencia entre la complejidad creciente de los problemas y las limitaciones de los sistemas de indicadores plantea la necesidad de una evolución en las herramientas de medición. No se trata únicamente de incorporar más datos, sino de mejorar su capacidad para capturar los procesos relevantes.

Esto implica avanzar en varias direcciones. En primer lugar, desarrollar indicadores más sensibles a las desigualdades internas y a las trayectorias de los distintos grupos sociales. En segundo lugar, integrar dimensiones que actualmente quedan infrarrepresentadas, como la salud mental, la calidad del empleo o la cohesión comunitaria. En tercer lugar, adaptar los marcos globales a las especificidades territoriales, mediante procesos de calibración que permitan una lectura más ajustada a la realidad local.

En última instancia, el reto no es solo medir mejor, sino **medir aquello que realmente importa**. En un contexto de transformaciones profundas, la capacidad de los sistemas de indicadores para evolucionar determinará en gran medida su utilidad como herramientas de gobernanza.

Conclusión: medir para comprender, comprender para transformar

La medición del desarrollo sostenible en economías avanzadas se sitúa en la intersección entre la evidencia y la interpretación. Los indicadores siguen siendo una herramienta imprescindible, pero su valor depende de la capacidad para reconocer sus límites y contextualizar sus resultados.

Lejos de ofrecer respuestas cerradas, los sistemas de seguimiento deben entenderse como infraestructuras de conocimiento que permiten formular mejores preguntas. En un entorno caracterizado por la incertidumbre y la complejidad, medir no es un fin en sí mismo, sino un medio para comprender los procesos de cambio y orientar las decisiones colectivas. En este sentido, el desafío de la Agenda 2030 no es únicamente avanzar en los objetivos definidos, sino construir marcos de medición capaces de acompañar la evolución de nuestras sociedades. Porque, en última instancia, solo aquello que somos capaces de entender con precisión puede ser transformado con criterio.

